

# E. MIRET MAGDA LENA

Acaba de salir un libro del profesor Elías Díaz titulado "La Filosofía Social del Krausismo español".

La lectura de este libro invita a una reflexión española. A una triste reflexión, porque nos hace ver las posibilidades que un grupo de españoles y cristianos abrieron en el siglo pasado, y, como siempre ocurre en nuestra nación, la batalla ideológica personalizada ahogó la mayor parte de su posible fruto. Lo que entonces parecía a muchos españoles de mentalidad estática un peligro religioso y social evidente, ahora —a la luz del Concilio Vaticano II— parece casi inocente. Pero hemos perdido un siglo.

Menéndez Pelayo, a pesar de su injusticia con el krausismo, se dio cuenta del espíritu de cerrazón que había entre nuestros católicos de fines del siglo pasado y principios de éste, y ante los cuales él mismo se sentía a veces agobiado. Muestra de ello es la enemiga que mostró este moderado escritor católico contra la filosofía tomista que se inculcaba a los católicos en España, como única forma de pensamiento. Pero no fue más allá, y arremetió con su palabra incisiva contra el inocente don Julián Sanz del Río, el promotor de la única corriente de pensamiento renovador y progresivo, que corrió entonces por las mentes españolas como una promesa de futuro.

Tachaba don Marcelino de iluminista, secretario y pobre figura oscura al único hombre que supo imprimir vida y pensamiento renovadores a muchos españoles de la intelectualidad de aquel tiempo, que no se contentaron con palabras, sino que, por todos los medios —y principalmente por la Institución Libre de Enseñanza— quisieron hacer de España un país al día y un país con un futuro mejor para todos.

El profesor Elías Díaz, en un estilo objetivo y serenamente convincente, llega a la conclusión de que esta irrupción del krausismo en España no fue ni una casualidad ni un radical desacierto, como pensaron los católicos oficiales de entonces, y algunos de ahora. Es curioso que Fernández de la Mora coincide con el socialista Araquistain en la dimensión mística de Sanz del Río, y en ella ve, sobre todo, su aceptación hispana. Lo mismo que hizo el también socialista Rodolfo Llopis, quien veía en esta corriente de pensamiento la conjunción de "una filosofía mística con una moral estoica (que)... tienen una espléndida tradición española". Pero el autor del libro añade otro factor muy importante sociológicamente: la concordancia de esta filosofía abierta "con el ideario político-cultural de algunos relativamente amplios sectores de la burguesía liberal pro-

gresista española", y tiene toda la razón, al añadir a las causas alegadas por esos autores esta otra circunstancial.

Quizá quien lea las obras de Sanz del Río tenga dificultad en comprender lo fuerte de su influencia en bastantes mentes del país, pero Elías Díaz acierta plenamente en dar la explicación complementaria que justifica el éxito de esta corriente de pensamiento. El amor a la libertad, mostrado por los krausistas en el ambiente cerrado del catolicismo antiliberal de la época supone un respiro. Y la máxima importancia tiene una idea del principal discípulo de Sanz del Río, don Francisco Giner, quien cree que el camino para salvar al país está sobre todo en una educación a todos los niveles, dentro de estas ideas de libertad, de ética de la cooperación y de progreso. Sin embargo, durante el siglo pasado, y lo que llevamos de éste,

## ¿HETERODOXOS EN ESPAÑA?

no llegamos a comprender los españoles la importancia del nivel educativo en la superación de nuestros males.

Aquellos profesores decimonónicos entregados a esta labor cultural en el país, no fueron ni mucho menos enemigos del cristianismo, ni siquiera del catolicismo, visto a la luz de lo que hoy podemos contemplar en él. La lucha educativa de Giner por la libertad de conciencia y por la supresión de las religiones de Estado, hubiera podido cambiar la estrecha faz de nuestro catolicismo por medios pacíficos y nada violentos, de haber tenido más difusión. Pero fue el germen de nuestra renovación.

Ninguno podía aclarar mejor esta imagen religiosa abierta que pretendieron estos grandes hombres de hace casi un siglo, que uno de ellos: don Gumersindo de Azcárate. Realmente el golpe que recibieron estos católicos liberales con el Syllabus y con el modo cómo se celebró el Concilio Vaticano I, les hizo creerse fuera del catolicismo. En España, a diferencia de otros países católicos, o con fuerte núcleo de católicos, fueron aquellos hechos eclesiásticos negativos la palanca para adoptar la más intransigente actitud antiliberal en lo religioso y en lo po-

lítico. Y sus vehículos intelectuales fueron dos increíbles libros: el catecismo del abate francés Gaume, y el del presbítero Sardá y Salvany titulado "El liberalismo es pecado", que acaba de ser publicado nuevamente hace bien poco por algún grupo católico español, y que puede servir de pseudo-justificación quizá a las violencias que vemos contra librerías y galerías de arte en nuestro territorio. Este antiliberalismo que, en nuestros años de posguerra se manifestó arrancando violentamente carteles de películas que habían sido autorizadas por nuestra estricta censura cinematográfica, debe terminar de una vez.

En otros países se apresuraron los católicos a rebajar la fuerza de este antiliberalismo vaticano. El Cardenal Newman, en Inglaterra, llegó a decir que el Syllabus no era ningún documento obligatorio para un católico, demostrándolo con buenas razones. Y en Francia el Obispo Dupanloup daba un sentido abierto —sutilmente abierto— a las frases más severas del documento vaticano. Lo mismo que ocurría en países germanos y en América del Norte.

Don Gumersindo de Azcárate, hombre profundamente religioso, se sintió obligado entonces —como otros muchos— a salirse fuera de la Iglesia Católica, sin por eso perder ni su cristianismo ni su religiosidad. Porque en aquella época en España apenas se podía ser católico abierto como en otros países, y no todos tienen la paciencia y la resistencia que requeriría seguir un español en la Iglesia, sin participar de sus exigencias concretas antiliberales de un momento determinado de nuestra Historia.

Casi se puede decir que estos grandes cristianos no se salieron de la Iglesia, sino que quienes estaban dentro les hicieron insufrible su profundo cristianismo.

Hoy todavía estamos viviendo los estertores de este antiliberalismo religioso, que fue fundamentalmente triste privilegio del siglo XIX y XX en España, en contra de otras corrientes mucho más abiertas que hubo antes en nuestro propio país, incluso en la Edad Media.

El libro serio, documentado y desapasionado del profesor Elías Díaz ha de servir a muchos españoles para esta meditación social y religiosa, que tan necesaria es para evitar una vez más el desgaste de energías entre españoles, en vez de utilizarlas para un porvenir mejor, más humano y más libre. Inspirándonos en estas figuras que el estudio podrá florecer una profunda y radical religiosidad sin estrecheces humanas, que no será heterodoxia ni ortodoxia, sino cristianismo a secas.